MY AUNT NORA



FERDINANDO FREGA

MI TÍA NORA

The Art of Attraction · 06

En los últimos días este nombre me volvía una y otra vez a la mente. Había sido la vecina de mi madre, la mujer que en 1963 la acogió como a una hija y le dio, quizá por primera vez, lo que nadie le había enseñado nunca: el afecto.

No soy el tipo de hijo que reparte juicios fáciles sobre su propia madre ni sobre otros que ya se fueron. Lo mío sigue siendo simplemente un ejercicio libre de análisis del comportamiento humano, sin excusas, sin nada en absoluto, como si yo fuera un rey desnudo.

Y esta señora napolitana, de rasgos típicamente suecos —ojos azules, piel clara, estatura media—, estaba acostumbrada a sonreír, y siempre, con su voz dulce y hechicera y su agudeza natural, como saben hacer quienes nacen en esta latitud del mundo, te dejaba algo en qué pensar: ¿por qué me habrá dicho eso?

Era 1985. Yo trabajaba en Cosenza y fui a visitarla. Para mí era la tía Nora, y ella me llamaba cariñosamente Ferdinà. Había sido madrina de mi hermana Teresa, un regalo de mi madre por el que siempre le estuvo agradecida, y siempre preguntaba por nosotros.

La última vez que me había visto yo tenía poco más de siete años, y ahora, a los veinte, miraba a un hombre joven, pero sabía muy bien de qué material estaba hecho el tejido cognitivo que yo llevaba.

Su afecto hacia mí se mostraba de otra manera, y yo lo notaba, pero se contenía, casi como si quisiera deliberadamente frenarse para no decir todo lo que pensaba.

Aquella tarde conocí también a su hija Lella, dentista, una mujer guapísima con el encanto de su madre y la elegancia de su padre. Me saludó con calidez y dijo: «¿De verdad eres tú, Ferdinando? ¿El mismo que vivió dos años enfrente de nuestra casa?».

Primero le respondí con una sonrisa, y luego le dije: «Sí, soy yo, la mejor versión del lugar en el que estamos hoy». Todos riendo, todos mirando, luego las despedidas y la marcha, y aquella fue la última vez que nos vimos.

Apenas el tiempo de subir al coche, y oí que me llamaban por mi nombre desde un balcón dos pisos más arriba. Era la tía Nora: «Ferdinà, vuelve, quiero verte otra vez».

«Le sonreí. Sabía que no ocurriría. Mi tarea ya estaba cumplida».

Un verdadero rey desnudo, ante una mujer inteligente, se queda exactamente así: como su madre lo trajo al mundo.

Y yo era hijo de mi madre.

Ferdinando